

LOS QUE ENCONTRE EN EL CAMINO

**Francis
Jammes,
Alfred
Camdessus,
Louis
Bertran
y
Pierre
L'Ermitte**

**EN LA
HISTORIA DE
UN PROLOGO**

per Camil Geis, prev.

Perdonarán mis lectores que, antes de hablar de los conspicuos hombres de Letras que encontré en el camino, allende los Pirineos, cuyos nombres encabezan este artículo, me vea en la precisión de hablar de mi. entiendo, empero, que será mejor que hable de mi, y por mi, el que fue ilustre publicista gerundense, el sacerdote doctor Carlos de Bolós, en un artículo publicado en «El Pirineo», el día 19 de octubre de 1946, con el título de «Al margen de un libro». Empezaba diciendo: «Ha venido a nuestras manos el libro titulado «L'Enfer sur la Terre et Dieu partout». Su autor es el sacerdote poeta don Camilo Geis, muy conocido y estimado entre nosotros por haber pasado su juventud en Gerona y hecho aquí sus estudios, y a quien los azares de la vida le han alejado un poco de nuestros cenáculos, y no sin lamentarlo los buenos amigos con qué aquí cuenta. El libro que nos ocupa lo escribió durante su forzada emigración en Lyon, y su objetivo principal es dar a conocer a los católicos franceses toda la profundidad de la tragedia española bajo la dominación roja y en su aspecto religioso. Como se precisa muy bien en la introducción, el libro no es una historia, aunque todos los hechos citados sean históricos, sino mejor un poema en prosa. Un poema cuyo héroe es el Sacerdote, y es a través del alma sacerdotal que se trazan los cuadros del poema.»

Prosigue el doctor Bolós, más adelante: «Ha querido honrar al autor poniéndole un prólogo ceñidísimo y lleno de intención, el renombrado publicista francés Pierre l'Ermitte...»

Y, al final del artículo, apostilla: «Siendo el autor originario de este país, no es de extrañar que en su trabajo abunden los trazos evocadores de monumentos, costumbres e instituciones gerundenses, y este es un nuevo motivo para leer con amor e interés las sustanciosas páginas de la obra.»

Por otro lado, el crítico literario de «El Correo Catalán», el doctor Jaime Barrera, que, bajo el seudónimo de «Biblino», comentó mi libro, precisaba el lugar de la publicación, con estas palabras: «Fue impreso en Avignon, en casa de los Aubanel, apellido evocador del poeta que puso ramos de laurel sobre las prensas de imprimir en sus talleres: imprenta predilecta de los felibres, desde los días áureos de Federic Mistral.»

A través de estos dos ilustres publicistas, he dado a conocer el contenido del libro y la imprenta en que vio la luz.

Vamos a ceñirnos ahora a la historia del prólogo.

*
*
*

Residente en Lyon, allí escribía el libro, en mi lengua nativa, y, una vez redactado, me ponía a traducirlo al francés.

Al proponerme publicarlo, se me antojó que debía ser apadrinado por algún escritor francés

de cierta notoriedad. Se me ocurrió el nombre del poeta Francis Jammes. Precisamente yo había traducido al catalán un poema suyo, «Rosaire», cuya traducción había incorporado a mi libro recientemente publicado, «Glossari de Pietat». Una buena razón a invocar ante el Poeta. Le hice llegar una copia mecanografiada del libro a través de un gran amigo suyo, Alfred Camdessus, periodista de «Le Jour», de París, con quien acababa yo de trabar relación y amistad.

El Poeta acogió con simpatía mi petición y se comprometió a escribirme el prólogo. Pero no pudo cumplir su promesa. Al cabo de poco, le sobrevino una grave dolencia que acabó llevándolo a la tumba.

La familia del difunto me devolvió el original del libro a través del propio Camdessus.

En carta de este fiel amigo, encontraba yo una compensación a mi inesperada contrariedad. «Et nous avons — decía al devolverme el original —, ma femme et moi, évoqué ces pages frémissantes qui furent émuvoir profondément le Poete de «La Divine Douleur».

Entonces yo pedí a Mr. Cardessus que quisiera sustituir a su gran amigo Francis Jammes en la prologación del libro — le debía esta atención — y me dijo que estaba dispuesto, con gran placer, a escribirlo, pero que, en vistas a una mayor difusión de la obra, trataría de encontrar un prologista que gozara de más popularidad, y que él me ayudaría a encontrarlo. (¡Cómo le agradecí esta prueba de sincera amistad!). Me propuso de hablar de ello al gran hispanista e hispanófilo Louis Bertrand, de la Academia Francesa. Se lo agradecí, pero me atreví a decirle que, ya que se trataba de enfocar el asunto de cara a la popularidad, prefería llamar, primero, a las puertas del popularísimo articulista de «La Croix», Pierre l'Ermite, de quien yo era un gran admirador.

Cardessus no tenía ninguna relación con este escritor, por lo que yo me atreví a probar fortuna, por mi cuenta y riesgo. Mandé al ilustre escritor una copia del libro, acompañada de una carta de autopresentación y petición del anhelado prólogo. No tardaba a llegar una carta encomiástica que venía a satisfacer mi pretensión.

En esta carta, que reproducimos, hay un inciso que reclama explicación. Dice: «Je ne pense pas que «La Croix» accepte à le publier».

¿Por qué decía esto un notorio articulista de dicho periódico, precisamente él que tan entusiásticamente acababa de aceptar la presentación de mi libro al público? Veamos: yo le había insinuado si creía que «La Croix» estaría dispuesta a incorporar el libro a las publicaciones de su «Bonne Presse», y él me pone esas palabras dubitatorias, que tuve por negativas. Palabras lacónicas, escuetas, sin ninguna explicación. Posteriormente supe yo que «La Croix» había acogido en sus páginas diversos artículos sobre la guerra civil española que, atendida la disparidad de opi-

niones entre los católicos franceses sobre este asunto, acarrearón a la Dirección serias contrariedades. Entonces se había encerrado en un absoluto mutismo sobre cualquier cosa que rozara, aunque fuera de lejos, este tema. (Dicho silencio, después de todo, no dejaba de acusar cierta parcialidad).

No tardó en llegarme el prometido prólogo. Venía acompañado de unas líneas, que reproducimos, no menos efusivas que las de la carta anterior. El prólogo fue incorporado al libro tal como él me lo había mandado, a pesar de que el buen sacerdote me daba permiso de quitar o de añadir, a conveniencia.

* * *

Hablemos ahora de estos 4 escritores galos que, por circunstancias especiales, entraron en juego en la génesis del mencionado prólogo.

No vamos a dar una biografía completa de cada uno de ellos, ni tan sólo una exhaustiva bibliografía. Esto se puede encontrar en las grandes Enciclopedias, incluso las españolas. Haremos simplemente hincapié en lo relacionado con la cultura de nuestro País.

* * *

FRANCIS JAMMES. — Un gran poeta contemporáneo, reiteradamente traducido a las Letras Hispanas.

Recordamos algunas de sus obras traducidas al catalán: «Les Géorgiques Chrétiennes», poema premiado por la Academia Francesa, traducido por Maria Antonia Salvà; «Monsieur le Curé d'Ozeron» y «Le Livre de Saint Joseph», obras en prosa traducidas por J. F. Ráfols...

Y, como dejé anteriormente apuntado, yo traduje el poema «Rosaire», compuesto de 15 pequeñas glosas de los Misterios del Rosario, precedidas, cada 5 — correspondientes a los Misterios de Gozo, de Dolor y de Gloria —, de un prelude alusivo a cada una de las 3 partes del Rosario.

ALFRED CAMDESSUS. — Periodista, redactor de «Le Jour», de París, laureado por la Academia Francesa, entusiasta hispanófilo. Bastará citar algunos títulos de sus publicaciones para demostrarlo: «Les raisons éternelles de l'amitié franco-espagnole»; «Femmes d'Espagne», y el curioso libro «Mistral était-il carliste?», comunicación presentada a la «Société des Sciences, Lettres et Arts d'Etudes Régionales». Por estas páginas desfilan muchos nombres notorios de los movimientos políticos españoles de la época y de su relación con el gran poeta provenzal: hombres de distintas tendencias en el flujo y reflujo allende y aquende la frontera en el devenir de nuestras decimonónicas guerras civiles. Vicecónsul de España en Oloron Sainte-Marie, sacrificando sus intereses y hasta su conveniencia personal, tomó decididamente partido por el Movimiento de Liberación de nuestro País en 1936.

LOUIS BERTRAND. — Miembro de la Academia Francesa, insigne hispanista muy conocedor de la historia y de la cultura hispanas. Son de gran categoría las obras suyas relacionadas con nuestro País. Descuellan, entre ellas: «Le rival de don Juan»; «Philippe II à l'Escorial», obra, precisamente de reivindicación histórica, y «Vie de Sainte Thérèse». No creo que nadie haya ahondado tan profundamente ni con tanto amor en el alma de nuestra Santa Doctora. Este libro me sirvió de base para 3 sermones-conferencias en un tríduo organizado en 1940 por la Archicofradía Teresiana, de Sabadell.

Tiene un libro de viajes — «Le Livre de La Méditerranée», donde hace grandes elogios de las tierras catalanas. A punto de tomar el tren para Barcelona, escribe: «Quand, à Perpignan, on a pris l'air de La Loge, parcouru les églises, respiré les parfums agrestes du faubourg Notre-Dame, on est mûr pour le voyage de Barcelone». (Tácita confesión de la afinidad y hermandad de los dos territorios catalanes separados por los Pirineos). Libro interesantísimo, escrito de mano maestra. Después de Barcelona, desfilan por él, Valencia, Córdoba y Sevilla, y habla de estas ciudades, tan dispares, con una comprensión que no siempre se encuentra en escritores extranjeros, ni en los vecinos. Continúa sus viajes a la que él llama África Latina, Egipto, Palestina, Turquía, Grecia... Leyendo este libro, uno tiene el convencimiento de haber visitado dichos países.

Mientras yo trataba de obtener un prólogo de Pierre l'Ermite para mi libro, Camdessus habló a Louis Bertrand, con el cual estaba en muy buena relación, para explorar su voluntad en vistas a obtenerlo de él en el caso de fracasar yo en mi intento. (¿Cómo le agradecí esta muestra de interés por mí!). No me había hablado previamente de esta exploración para no exponerme a una posible desilusión en caso negativo. El ilustre escritor no recusó la idea, como se desprende de la carta dirigida a Camdessus, que reproducimos. En ella no figura el nombre del destinatario — Camdessus —, que el remitente se había limitado a dejar escrito en el sobre. Camdessus me retransmitió la carta sin el sobre, adjunta a una de sus cartas, para que tomara nota de la buena disposición de Louis Bertrand, pero yo tenía ya compromiso con Pierre l'Ermite.

PIERRE L'ERMITE. — Fue, en definitiva, quien me escribió el prólogo. Justo será que dedique más extensión al recuerdo de su personalidad.

Casi centenario — a los 97 años — murió en París el ilustre eclesiástico Monseñor Edmond Loutil que, en el Mundo de las Letras, popularizó el seudónimo Pierre l'Ermite. Nacido en 1863 en «Les Ardennes», de madre alsaciana, sentía un gran amor a su tierra nativa: amor que perpetuó en las piedras del magnífico templo que, con gran entusiasmo y con la generosa aportación de buenos alsacianos, levantó en París, dedicado a Santa Odila, patrona de Alsacia.

Fue ordenado sacerdote en 1883, en París, donde ejerció su ministerio y desplegó su actividad literaria.

Desde 1919 hasta su muerte, acaecida en 16 de abril de 1959, ejerció el cargo de Párroco de San Francisco de Sales.

Durante tres cuartos de siglo, dio prestigio a «La Croix» con su artículo semanal. Tuve ocasión de constatar que muchos sacerdotes y católicos lioneses, tan orgullosos de su antigua capitalidad de las Galias — Lugdunum —, que, como todo buen lionés, menospreciaban la prensa parisiense y se limitaban, casi, a la lectura de la suya, si leían «La Croix», era por el artículo de Pierre l'Ermite.

Sus artículos podrían contarse por millares y sus novelas ejemplares alcanzan la cuarentena.

Su primera novela — «La grande Amie» — fue laureada en 1899 por la Academia Francesa.

Pluma ágil, emotiva, apasionada; lenguaje vivo, mordaz, insinuante...

Su literatura interesaba a hombres de los más opuestos idearios. Era realista, sin dejar de ser delicado; moralizante sin aparecer moralista. Todos los «aprendices» de Matrimonio deberían leer novelas suyas como: «Le mariage idiot», «Comment j'ai tué mon enfant»...

Su obra ha sido traducida a muchos idiomas. Muchos periódicos y revistas catalanas y castellanas dieron a conocer sus escritos. No sé por qué fueron menos traducidas a las Letras Hispánicas sus novelas. Tal vez porque el argot vivo de los diálogos dificultaba la tarea de los traductores, a los cuales exigía un gran conocimiento de los dos idiomas — «a qua» y «ad quem» —, principalmente de su léxico popular y hasta vulgar.

La Iglesia le reconoció sus grandes servicios, como sacerdote y como escritor: era canónigo honorario de París, desde 1924; Prelado Doméstico, desde 1935, y Protonotario Apostólico desde 1948, fecha de sus Bodas de Diamante Sacerdotales.

Dos días antes de morir, en su lecho de enfermo, en el que no estuvo más que 6 días, todavía redactó su último artículo.

Acabará hablando de sus puntos suspensivos.

Los puntos suspensivos elocuentes e insinuantes de Pierre l'Ermite eran famosos. No faltan en el prólogo de mi libro. Una vez, en plena ocupación de París por los alemanes, conocí en un hotel de Barcelona, a unos sacerdotes americanos que la guerra había sorprendido en París, donde cursaban estudios. Acababan de pasar la frontera española, de paso hacia su país, obligados a suspender sus estudios. Al decirme que habían trabajado al lado de Pierre l'Ermite, en la BONNE PRESSE, les observé, sonriendo: ¿«Todavía pone tantos puntos suspensivos?». Y me respondieron: «Ahora más que nunca...». La respuesta tenía su punta de malicia. El alsacianismo de Pierre l'Ermite no era nada germanófilo. Era prudente no hablar demasiado. Y los puntos suspensivos tienen también su elocuencia.